

UN AFORTUNADO GOLPE DE MANO ANFIBIO: BURDEOS, 20 DE OCTUBRE DE 1653

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea
y correspondiente de la Real Academia de la Historia



OMO es bien sabido, la Monarquía española tuvo que soportar la terrible Guerra de los Treinta Años que asoló Europa entre 1618 y 1648; pero la Paz de Westfalia no supuso el fin de las hostilidades, pues la contienda con Francia, iniciada en 1635, prosiguió aún once años más, ayudada ahora por la Inglaterra de Cromwell, hasta la Paz de los Pirineos de 1659.

Por supuesto ambos adversarios estaban a estas alturas agotados, especialmente España, que había luchado mucho más tiempo en todos los frentes y contra toda clase de enemigos, aparte de los gravísimos golpes de la separación de Portugal y la rebelión en Cataluña del mismo año, que aceptó como soberano a Luis XIII de Francia. Todo ello unido a la débil demografía

española de entonces, en parte provocada por las malas cosechas de la época, y en parte por las sucesivas epidemias, mientras una enorme inflación monetaria arruinaba empresas y negocios y sumía en la pobreza al país, de paso que ponía en grave peligro a la Real Hacienda.

Pero las cosas para Francia habían resultado también muy gravosas en aquella durísima guerra, y así el frente interior se unió al exterior con la rebelión de «La Fronde», que sumió al vecino reino en una contienda civil entre 1648 y 1653, pues muchos odiaban el autoritarismo real y los regímenes sucesivos de los cardenales Richelieu y Mazarino, con su política belicista y los consiguientes sacrificios de hombres e impuestos para la guerra.

En cuanto a las armadas de Felipe IV, lo cierto es que apenas se habían podido recuperar del desastre de Guetaria en 1638, de la campaña de las Dunas en 1639 y de la expedición a Brasil de 1640, pero y pese a todos los



La ciudad y puerto fluvial de Burdeos hacia 1660, pocos años después de los hechos narrados.

pesares, siguió en pie luchando y haciendo frente al enemigo con pericia y decisión, pese a la desesperada situación material y a la multitud de frentes, que merecieron más de una vez la victoria.

Y de una de esas ocasiones en que se consiguió, muy poco recordada, damos una breve reseña.

La rebelión de Burdeos

Centro de la rebelión en el sur fue la ciudad de Burdeos, por lo que convenía apoyarla para debilitar al país enemigo. Sin embargo, la fuerza fundamental de la Armada estaba bloqueando Barcelona, por lo que solo se pudieron enviar tres fragatas, al mando de José de Osorio, luego reforzadas con ocho galeones y naos, aparte embarcaciones ligeras, que despejaron la navegación por el Garona y llevaron víveres y auxilios a la ciudad, pronto cercada por las tropas reales francesas, aparte de establecer algunos puntos fortificados en la vía fluvial.

La rebelión de «La Fronde», que había comenzado protagonizada por la oposición del Parlamento francés al despotismo real, tuvo una segunda fase representada por la alta nobleza, muy descontenta con el gobierno. Aquello y los pocos apoyos que pudo recibir de España, unido a las disensiones inevitables entre gentes de intereses tan distintos, provocaron que Burdeos terminara capitulando el 30 de julio de 1653, siendo ocupado poco después por las tropas reales del por entonces joven rey Luis XIV.

Pero también había caído Barcelona, por lo que la Armada del Mar Océano, la élite de nuestras fuerzas navales por entonces, aunque muy reducida en efectivos con respecto a épocas anteriores, pudo estar disponible para la nueva misión. La mandaba el III marqués de Santa Cruz de Mudela y II del Viso, Mauro Álvaro de Bazán y Benavides, nieto del gran don Álvaro. Y aunque buques y hombres estaban agotados por la dura campaña y la falta general de recursos de toda índole, órdenes expresas de Felipe IV hicieron que zarpara con premura de Cádiz con rumbo a las costas francesas con la misión no ya de auxiliar a Burdeos, sino al menos de propinar un buen golpe al enemigo. Era su segundo jefe o «almirante» Manuel Balueños, y constaba de ocho navíos de guerra, otros tantos brulotes o buques incendiarios y las consabidas unidades ligeras, que tendrían un protagonismo especial en las someras y complicadas aguas fluviales (1).

Hubo que hacer una nueva escala en los puertos vascos para reponer provisiones y aguada, pero al final se dirigió a su objetivo.

La operación

Una relación de la época nos cuenta detalladamente cómo se produjeron los hechos:

«Estando el Excmo. Sr. D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, con la Armada Real de España sobre el sitio de Pauillac, que dista diez leguas de la tierra adentro de la ría de Burdeos (formada como se sabe por el río Garona), impidiendo la salida de la Armada Real de Francia (mandada por el Duque de Vêndome), que está acorralada junto a Burdeos, vio SE que por el canal de Blanc (que es un trozo de la ría que se divide por la otra parte) bajaban tres galeras y ocho bergantines para llevar socorro a la Armada de Francia, y que por estar el banco de por medio, no fue posible impedirles el paso. Reconocióse después que se habían entrado en el caño de Bretaña y lo

(1) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada Española (desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón)*, tomo V, pp. 6-10, que se basa en Colección Documental de Sanz de Barutell, art. 3, n.º 1.016-23 y en la Colección Salazar de la Real Academia de la Historia.



Galeón español de la época.

mucho que convenía impedirles el paso y quitarles estas embarcaciones al enemigo junto con el socorro que llevaban. Mandó SE que fuesen cuatro fragatas de guerra y dos navíos de fuego a tomar la boca de aquel caño, para impedir la salida al enemigo, y así lo ejecutaron con gran prontitud. Después determinó SE ir, como se fue, a reconocer el dicho caño y vio que si no era con aguas vivas no podrían salir los dichos bajeles, con lo que se aguardó a tiempo acomodado» (2).

Se preparó por tanto un desembarco, al mando curiosamente de un francés, el príncipe de Marsi, hasta poco antes gobernador francés de la rebelde Barcelona y ahora luchando junto a los españoles (nada menos que con Condé, el vencedor de Rocroi diez años antes), síntoma de cómo las lealtades eran muy problemáticas en aquella guerra internacional y civil entre ambos beligerantes.

«Juntos pues SE y los señores Príncipe de Marsi y el Duque de Veragua, Don Melchor de la Cueva, hermano del Sr. Duque de Alburquerque, D. Fernando Arias de Saavedra, D. Francisco de Meneses y otros muchos títulos y caballeros Maestres de Campo de la dicha Armada, se embarcase alguna gente de la Armada y dio orden a los Maestres de Campo, los señores D. Melchor de la Cueva y al Duque de Veragua y a D. Francisco de Meneses, de lo que habían de hacer, como lo ejecutaron a los 20 de octubre a las tres de la mañana.»

Ataque y éxito

«Llevaba la vanguardia el Sr. D. Melchor de la Cueva y el Sr. Duque de Veragua embistió por la parte del dicho caño y el Sr. D. Francisco de Meneses por la parte de abajo, y todos a un mismo tiempo embistieron al enemigo

(2) «Relación verdadera de la famosa victoria que ha tenido el Excmo. Sr. D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, General de la Armada Real de España...». Sevilla, Imprenta de Juan Gómez de Blas, 1653.

con el valor de sus personas y generosa sangre. Viendo pues los franceses que nuestra gente les pretendía tomar el patio por todas partes, trató de huir desamparando las galeras y demás bajeles y asimismo la villa de Mortagne, que es muy fuerte y donde el enemigo se pudo profitar y hacernos notable daño, porque está en un lugar eminente y es muy agria la subida. En fin, los nuestros fueron siguiendo a los franceses hasta embolsarlos en las montañas circunvecinas y no se pasó más adelante porque el Sr. Príncipe de Marsi mandó detener la gente y que se hiciese alto, reparando en que los enemigos nos podían hacer algún daño en lo estrecho de los montes. En fin se hizo alto por tiempo de seis horas, por haberlo ordenado así el Sr. Príncipe de Marsi y lo pudo mandar como Capitán General que es todo lo que nuestra gente fuere obrando en tierra.



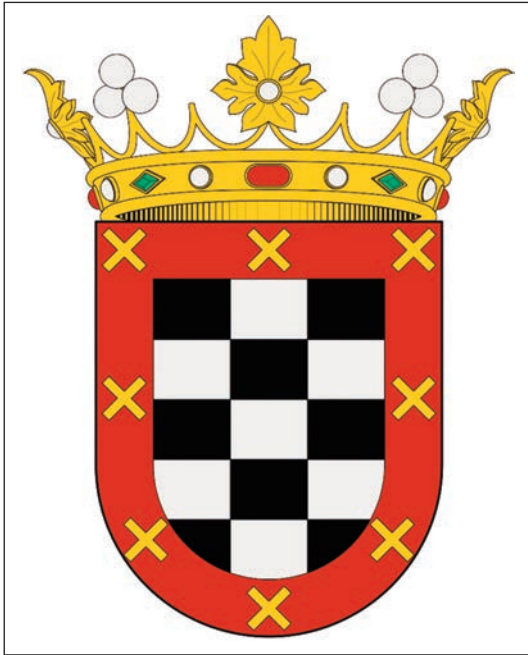
Galera española del siglo XVII.
Museo Naval de Madrid.

»En este tiempo no se descuidaba el Sr. Marquès de Santa Cruz por la parte de la ría, pues cogió las dichas tres galeras y siete bergantines que los enemigos tenían en la boca del caño, y las incorporó a nuestra Armada, y quemó más de 30 navíos, saetías, barcos longos y otras embarcaciones menores que estaban dentro del dicho caño, las cuales no se pudieron sacar por estar baja la mar y ser ya muy tarde» (3). Y se anotaba: «Las tres galeras y siete bergantines (en la época, galeras pequeñas) que se le han tomado al enemigo nos han de ser de grandísima importancia por haber acrecentado nuestra Armada y haber disminuido la del Duque de Vêndome...»

El botín

«Saqueóse a Mortagne, villa que tiene 600 vecinos (u hogares, sobre tres mil habitantes) con que nuestros soldados quedaron muy aprovechados, porque hubo ricas alhajas, buena ropa y mucho dinero, por ser el lugar más rico que

(3) FERNÁNDEZ DURO: *op. cit.* Anota solo 19 buques quemados al enemigo; tal vez la confusión venga de si se incluye o no en la cifra a los apresados, que considera que fueron las tres galeras y ocho bergantines citados, aunque en la relación solo aparecen siete de los segundos.



Cuatro generaciones de Bazanes se distinguieron por sus victorias: de Muros a Burdeos.

tiene toda aquella comarca. Y es de advertir que de esta grandiosa presa no ha querido el Sr. Marqués de Santa Cruz participar cosa alguna, tocándole los dos quintos, el uno por General y el otro (que es el que tocaba al Rey) por haberle S. M. hecho gracia de él, con que todo fue saco para los soldados.

»Después de esto quemó nuestra gente al enemigo el almacén de la pólvora, donde había gran cantidad de ella, y de balas y otras municiones que tenían prevenidas para su Armada. Y asimismo se abrasaron los almacenes del trigo y avena y en solo uno tenía más de cuatro mil fanegas del trigo y más de mil costales de harina y grandes cantidades de sacos de lana, que por no haber tiempo de sacarlo todo,

se quemó. En otros almacenes se derramó gran cantidad de vino, así nuevo como añejo, sin otras muchas partidas considerables que se derramaron en casas particulares, que todo se perdió, por no haber tiempo para conducirlo a nuestra Armada. Quemaronse muchas casas de la villa y se les hizo a los enemigos todo el daño que decirse pueda, el cual se ha reputado en más de cuatrocientos mil ducados de valor.»

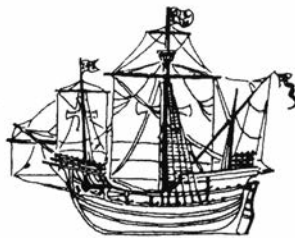
Se señala que más de 3.000 franceses (entre ellos una unidad de mercenarios escoceses) fueron incapaces de prestar decidida resistencia a los 1.200 desembarcados, y que se saquearon otras poblaciones en la misma ría.

Por nuestra parte añadir que el saqueo, si bien siempre reprobable, se explica tanto por privar al enemigo de unos bienes muy necesarios como por dar algún sustento a los soldados y marineros, que en aquella época apenas recibían pagas, dado el estado de la Real Hacienda, ni se podía atender debidamente siquiera a su alimentación, lo que justifica el rasgo de generosidad del marqués de Santa Cruz, el afortunado vencedor. Por otra parte, era algo consentido entonces en las guerras y extenso y repetido uso habían hecho de él nuestros enemigos en todas las épocas contra localidades costeras.

Conclusión

Así se llevó a cabo un afortunado y muy poco costoso golpe de mano anfibio en el interior mismo del territorio enemigo, remontando el estuario fluvial y a más de 50 km de distancia del mar, hazaña que de haber sido realizada por otros no hubiera pasado desapercibida, especialmente si recordamos que fue conseguida por nada menos que el nieto del gran Bazán, renovando así los laureles de toda una saga familiar de grandes marinos.

Y comprobar de nuevo cómo en aquellos tiempos, del XVI al XVII, las siempre complicadas y peligrosas operaciones anfibias, en que tantas veces nuestros enemigos tropezaron lastimosamente, parecían asombrosamente fáciles para nuestros marinos y soldados embarcados. Basten para recordar esta capacidad hechos el desembarco español en Cornualles en 1595 o la recuperación de Bahía en 1625. E incluso en una época ya claramente de decadencia, en los ya penosos años de finales del reinado de Felipe IV, donde y pese a muchos juicios apresurados se siguió presentando la cara a los múltiples enemigos y causándole más de una dolorosa derrota.





El buque de acción marítima *Arúaz* a vista de dron durante el acto de entrega en el Arsenal de La Carracaz. (Foto: Moisés Sanz Peñalosa).